

LIBROS

Rosa Chacel o el conflicto entre prójimos

Tarde, muy tarde se ha venido descubriendo por parte de las generaciones de posguerra —las otras quizá la hayan redescubierto si recuerdan su primera novela, *Estación de ida y vuelta*, publicada en 1930, y un libro de sonetos, *A la orilla de un pozo*, en 1936— la vasta y ejemplar obra de Rosa Chacel, nacida en Valladolid en 1898. Así, por ejemplo, la extraordinaria narración de la adolescente Leticia (1), publicada en el éxodo sudamericano de su autora en 1946, no ve la luz en España hasta 1971. Se podría dudar, pues, contrariamente al criterio de algún comentarista, de que la pequeña avalancha de novelas sobre la sensibilidad adolescente hayan sido escritas teniendo presentes las *Memorias de Leticia Valle* de la Chacel. Más bien soy de la opinión de que una publicación más temprana de esta obra habría reducido el número de los novelistas del género. Pero, hipótesis al margen, el hecho es que Rosa Chacel, como Max Aub, como Manuel Andújar, como tantos otros compañeros generacionales de exilio, están, afortunada y finalmente, presentes en nuestro panorama cultural.

La autora de *Teresa*, de *Sobre el piélago*, de *La sinrazón*, de *Ofrendas a una virgen loca*, de *Icada*, *Navda*, *Diada*, y del ensayo *La confesión*, acaba de publicar otro ambicioso ensayo (2) sobre el que vale la pena detenerse. Se trata de un texto o una serie de textos, *Saturnal*, del que se publicó un primer esbozo en la *Revista de Occidente* en 1931, y en el que su autora, según con-

fiesa, ha venido trabajando prácticamente hasta la fecha del epílogo en 1971, aunque el cuerpo del libro fuera definitivamente redactado en 1959-60.

Texto ambicioso por cuanto, en él, Rosa Chacel pretende desentrañar el signo de estos tiempos. Tiempos marcados por la búsqueda de un sentido a las relaciones humanas —igualitarismo social y sexual—, búsqueda que se inicia en los años treinta con la publicación de *L'amour et l'Occident*, de Denis de Rougemont, y que culmina con *Eros y civilización*, de Marcuse. Y también texto ambicioso, pese a su aparente humildad, por cuanto la autora dice situarse al margen de la ciencia académica, para constituirse en «algo así como el guía indígena que necesitan llevar los arqueólogos, antropólogos y filólogos para avanzar por el desierto o adentrarse en la selva». En otras palabras, se trata de dar la palabra al poeta en pleno cenáculo de los filósofos: y este es el primer escollo a sortear, porque lo habitual es que en estos temas el filósofo recurra al mito y se exprese poéticamente, mientras que la Chacel se expresa a través de exactamente lo contrario. Quizá en esto radique la mayor singularidad de su obra: se autoconcede la máxima carga de libertad e intuición para expresarse con el máximo rigor formal.

Me atrevería a comparar *Saturnal* a un complicado juego de la oca: lectura laberíntica, con palacios y estanques, pero también fosos y prisiones. Apasionante juego que recomiendo a todos los lectores, porque hay hallazgos que merecen correr todos los posibles riesgos, porque hay pasajes de una rabiosa juventud. En cuanto a los fosos y prisiones, el lector sabrá reconocer su última raíz en ese «platonismo cristiano» en el que la autora se debate, a veces con dramática honestidad.

Pero de todos sus hallazgos —nada apocalíptico, análisis del fenómeno cinematográfico, de la moda, de la obra de Kierkegaard y Rilke, entre otros— hay uno que merece comentario especial. Se trata de una visión del amor, de la guerra entre sexos y de las reivindicaciones feministas. La autora revisa muy duramente los clásicos del tema, como la *Bouvier*. Para Rosa Chacel el tema debe centrarse en tanto que «conflicto entre prójimos», es decir, conflictos de poder entre prójimos. Si el débil pudiera —y a veces puede— invertiría los papeles. ¿Pesimismo? En todo caso, el espíritu de Brecht aletea sobre tales proposiciones. Pero el problema se complica cuando los prójimos son hombre y mujer, por cuanto existen ciertos poderes renunciabiles, pero no por ello menos existentes: el poder del hom-

bre de violar, el poder de la mujer de mentir. Sólo si el hombre y la mujer, respectivamente, son conscientes de sus propios límites, taras, funciones y posibilidades, puede nacer un movimiento de concordia: acercamiento al universo femenino por parte del hombre, acercamiento al universo masculino por parte de la mujer. O sea, «aparente» feminización masculina y masculinización femenina. Un primer paso parece iniciar cierta juventud, hombres en su inmensa mayoría, según observa desapasionadamente la autora.

Podría resumirse el empeño de este texto, ya imprescindible en cualquier bibliografía sobre el tema, como una lucha por la lucidez, único camino para la concordia, para la colectiva orgía saturnal, porque «lo atroz, lo detestable, no es el caos, sino el falso orden, que es el genuino producto del resentimiento». ■ JOSE LUIS GIMENEZ-FRONTIN.

Entrevista con Juan Marinello

La Editorial Júcar acaba de publicar el tercer libro de la colección *Los Poetas*, dedicado a José Martí. Su autor es Juan Marinello, actualmente embajador de Cuba ante la UNESCO. Marinello fue en su país diputado, senador, ministro y rector de la Universidad de La Habana. Poeta, crítico y ensayista, ha sido siempre un gran divulgador de la obra de Martí, de la que habla con ardor.

JUAN MARINELLO.—Creo que los escritores españoles deben desatar una intensa ofensiva para que la obra del libertador cubano —prosa y verso— llegue al más general conocimiento. Se trata del más importante escritor que haya producido la América Latina. No hay otro tan original, sabio, rico y sorprendente, y no creo que se diga cosa descaminada al afirmar que es Martí el más alto cultivador de la lengua española en su tiempo. A España debe interesarle mucho una pleitesía sin fronteras a la obra de Martí, porque ella es también un gran homenaje a la lengua española.

CHAO.—Quizá su doble faceta de luchador y escri-

tor haya dejado algo en la sombra a la segunda.

J. M.—No es Martí el único hombre político doblado en escritor extraordinario. En nuestros días tenemos los casos de Mao Tse-Tung y de Ho Chi-Minh; en el pasado americano es muy destacado Sarmiento, y como figura lejana y protectora, la del Rey Salomón, a quien Rubén Darío llamaba graciosamente *distinguido colega*. Claro está que el de Martí es un caso distinto y, por ello, más delicado y polémico. El cubano —única ocasión que conocemos— es, al mismo tiempo, la primera figura política y artística del caso. Lo más notable de su caso es que su mensaje literario y político sigue siendo en buena medida vigente, porque en uno y en otro se adelanta a su época, señalando caminos al futuro.

«Es evidente que el que hacer revolucionario, multiforme, incansable, avasallador en Martí, le impidió una obra literaria más orgánica y extensa, pero en lo que nos dejó hay materia bastante para señalarle una grandeza definitiva. Meditando en el caso, he llegado a la convicción de que la talla gigantesca de mi compatriota en el campo de la creación literaria le viene, primordialmente, de su profunda humanidad, de su vitalicia condición heroica. Fue poeta y prosista insuperable porque fue un gran hombre.

CH.—Martí conoció a Emerson, a Whitman, a Thoreau. ¿Cree usted que éstos influyeron en el poeta cívico?

J. M.—Su indagación apunta hacia un aspecto capital de la lírica martiana. Hombre conmovido, estremecido, disparado por el ansia benéfica, había de llevar a su poema el anhelo céntrico de libertad a Cuba y a la América Latina, pero, *cerebro cósmico y concentrado universo*, que decía Darío, se vuelca en versos que visitan e inquietan todos los ámbitos. En uno de sus poemas mayores proclama que todo lo humano puede ser materia de poesía. Y lo cumple, porque, aunque no he hecho la cuenta exacta, es mayor el número de poemas inspirados por el amor, la Naturaleza, la amistad y la ternura que los que le dicta su musa civil. Luego,



(1) Rosa Chacel, *Memorias de Leticia Valle*, Lumen, 1971.

(2) Rosa Chacel, *Saturnal*, Seix Barral, 1972.

habría que indagar en ese campo anchísimo.

»El capítulo de influencias en la tarea lírica de Martí es tan extenso como accidentado. Si en los comienzos se descubre la huella de algunos poetas españoles contemporáneos —Bécquer, Campoamor—, cuando levanta el vuelo las flechas le llegan de todas partes. El dejó escrito que el único modo de no caer en la servidumbre de una literatura estaba en conocerlas a todas. Predicó con el ejemplo, pero había de ocurrir que los poetas de mayor estatura cercanos a su naturaleza le penetraran más hondamente.

»He dicho alguna vez que en la poesía de Martí se adivinan las voces de sus dos grandes viejos, el de Europa y el de América, es decir, las de Víctor Hugo y Walt Whitman. Claro que se denuncian otras, y las de Emerson y Thoreau, que usted recuerda, están entre ellas. Hay que decir, sin embargo, que los aportes más persistentes son los de la Época de Oro española. Ello fuerza a Juan Ramón Jiménez a quejarse del excesivo españolismo de Martí. En él, en efecto, hay mucho de Quevedo y bastante de Graciano.

CH.—También señaló usted la influencia de la mística española.

J. M.—Sin duda; la presencia de lo místico español se le sale en el verso, pero es más patente en su prosa de intimidad, singularmente en sus maravillosos diarios. La verdad es que sin entrar en un estudio dilatado de la que yo he llamado compleja unidad de Martí cuesta entender que un ordenador de realidades, el organizador de la última guerra contra el Imperio español y el revolucionario que ofrece rango decisivo al fenómeno económico, sea un cantor místico como lo fue, ciertamente. Cuando se leen sus meditaciones recónditas y las páginas de su *Diario de campaña*, camino del sacrificio heroico, se le siente fundido con la tarde, con la noche, con las estrellas y en un deseo de la muerte que, en el arranque y en el tono, denuncia la lectura apasionada de los místicos de España. Por claras razones, los momentos místicos de Martí empalman más ajustadamente con los de Santa Te-

resa, cosa explicable, porque los dos fueron apóstoles, fundadores y caudillos.

CH.—Combate la idea de un Martí precursor del modernismo, tal como lo han presentado algunos ensayistas.

J. M.—Sigo creyendo que Martí no fue ni modernista ni precursor del modernismo. El modernismo fue, en lo dominante, en lo válido,

»Hay una frase del excelente crítico español Federico de Onís que me parece decisiva. Dijo un día que Martí no fue modernista porque apuntaba a una modernidad más trascendente. Por ello, lo advertirá usted, el modernismo es una etapa acotable, ubicada y vencida en el tiempo dado; el marxismo, es decir, la acción de las esencias vitales y esté-

do para salvar al hombre.

CH.—¿Se puede hablar de una posible influencia de Martí en Rubén Darío?

J. M.—La influencia de Martí en Darío es cosa innegable. Existe en la poesía, y sobre ello hay un buen estudio de Regino E. Boti, pero en la prosa, el caso es más hondo y mantenido, tanto, que Juan Ramón Jiménez llegó a decir que conocía a Martí antes de leerlo por las crónicas del nicaragüense. Definiendo la estatura del diálogo, exclama Juan Ramón: «¡Qué bien dado y qué bien recibido!». En la mantenida comunicación estilística se expresa la admiración de Darío por Martí, presente en los luminosos comentarios que, muerto el apóstol cubano, le dedicó en *La Nación*, de Buenos Aires. ■ **Declaraciones recogidas por RAMON CHAO. Foto: CRIADO.**



Juan Marinello

El discurso del Nobel de Solienitsin, un moralismo general y antisoviético

«Los demonios de Dostoiévski rampan por el mundo entero... Ante nuestros propios ojos, infestan países donde nunca se les había imaginado y, por secuestros, raptos, explosiones, incendios, están anunciando en estos años su determinación de zapar y destruir la civilización».

Este es un párrafo del discurso de aceptación del Premio Nobel de Alejandro Solienitsin, que lo obtuvo en 1970, pero no fue autorizado a viajar a Estocolmo por las autoridades soviéticas. Solienitsin publicó en 1962 en la revista «Novy Mir», por autorización personal de Krutchev, su novela «Un día en la vida de Ivan Denisovich»; el primer relato de los campos de concentración de Stalin. El éxito fue inmenso. Solienitsin, físico, matemático y biólogo, oficial de Artillería en la segunda guerra mundial, había pasado ocho años en un campo de concentración de Siberia por haber formulado críticas de Stalin. Más tarde fue rehabilitado y, mientras se dedicaba a la enseñanza, escri-

bió la novela que le valió la fama en su país —y en el extranjero— y también la persecución. Propuesto para Premio Lenin en 1964, no solamente fue rechazado, sino que recibió acusaciones de pesimismo y derrotismo por sus novelas: «La casa de Matrona», «Por el bien de la causa», «Sala de cancerosos», prohibida en la URSS, fue publicada en el extranjero. Su última obra es «Agosto, 1914» (publicada en España por Seix y Barral), que en la URSS apareció cortada por la censura. La Unión de Escritores decidió expulsarlo, y en el extranjero se publicaron las actas de las sesiones en que Solienitsin se defendía de sus acusadores. En 1970 se le concedió el Premio Nobel; una decisión que se consideró más política que literaria y que tenía la intención de rendir homenaje no sólo a este escritor, sino a todos los que en el mundo padecen persecución y censura. No fue autorizado a salir de la URSS para recibirlo; se pensó en una ceremonia en su casa de Moscú, en la que el secretario de la Academia de Suécia le entregaría el premio —más de cinco millones de pesetas— y Solienitsin leería su discurso. Pero la ceremonia tampoco fue autorizada. El dinero está depositado en un Banco de Suiza, y el discurso se publica ahora en «Les Prix Nobel», un anuario de la fundación.

El discurso de Solienitsin es combativo y moralista. Describe un mundo en decadencia. En Occidente, «la amplitud de las sacudidas de la sociedad se aproxima a ese punto pasado en el cual todo el sistema se hace metastable y se desmorona». «El tímido mundo civilizado no encuentra nada que oponer al asalto de una resurrección repentina de la barbarie desnuda, aparte de concesiones y sonrisas». Con este párrafo, y una condena del «espíritu de Munich» que sigue prevaleciendo (Munich: el pacto de la Europa democrática con Hitler, buscando un apaciguamiento), Solienitsin parece unirse a las críticas de extrema derecha del mundo occidental y, especialmente, de los Estados Unidos, que culpan a los dirigentes políticos por la «apertura al Este»: las concesiones que entonces se hicieron a Hitler parece homologarlas So-

en lo histórico, un acontecimiento literario iniciado y conformado por Rubén Darío. Basta leer la obra del poeta de Nicaragua y, sobre todo, las definiciones reiteradas de la corriente que inaugura, para convenir que nada tiene que ver con ello la palabra sangrante y apotófica de Martí. En su predicación y en lo más extenso de su obra, Darío pone el acento en lo sensual y en los reflejos exteriores de las cosas, muy a distancia de las conmociones profundas, colectivas o individuales que sufren su contorno y su tiempo.

»Me place aprovechar esta oportunidad para deshacer una falsa consecuencia de mi tesis. No es cierto, ni puede serlo, que, como se ha dicho por ahí, desconozca yo las dotes poderosas de Rubén Darío ni que oculte la bella profundidad de sus últimos cantos. No debe confundirse una apreciación crítica de orden general, de tipo histórico, si puede decirse, con la estimación de un valor insertado en tal meditación.

»La porción mejor de la obra de Darío no es modernista, si se tienen en cuenta las definiciones del evangelio modernista. Y lo que da naturaleza al fenómeno y lo que realizan sus seguidores es lo formal y deleitable. Martí es cosa mayor. Como lo es Vallejo, en el que la poesía vuelve a ser, como en Martí, forcejeo con el mun-